

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



28 de setiembre de 1889



Núm. 100



MÁS VALE ALGO QUE NADA

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

No permitiré que jamás ponga nadie en duda mis humanitarios sentimientos, mi caridad, que desearía compitiese con la de San Pablo, la ternura de mis afectos y lo que se llama la *sensibilidad*, y aun consiento en que los guasones digan *sentimentalismo*.

Sentado esto, recibida mi declaración de hombre cariñosísimo, filantrópico, pacífico, *amoroso*, como dicen los italianos, puedo entrar ya en materia y lamentarme de que en nuestros días no funcionen las hogueras de la Inquisición y no haya un Torquemada, un San Pedro de Arbués, un Deza, para enviar cierta clase de gente al quemadero, y de que el *pópulo bárbaro* no sienta tentaciones de repetir lo sucedido en Valencia el año de gracia de 1519, poco después del sermón de Fr. Luis Castellví.

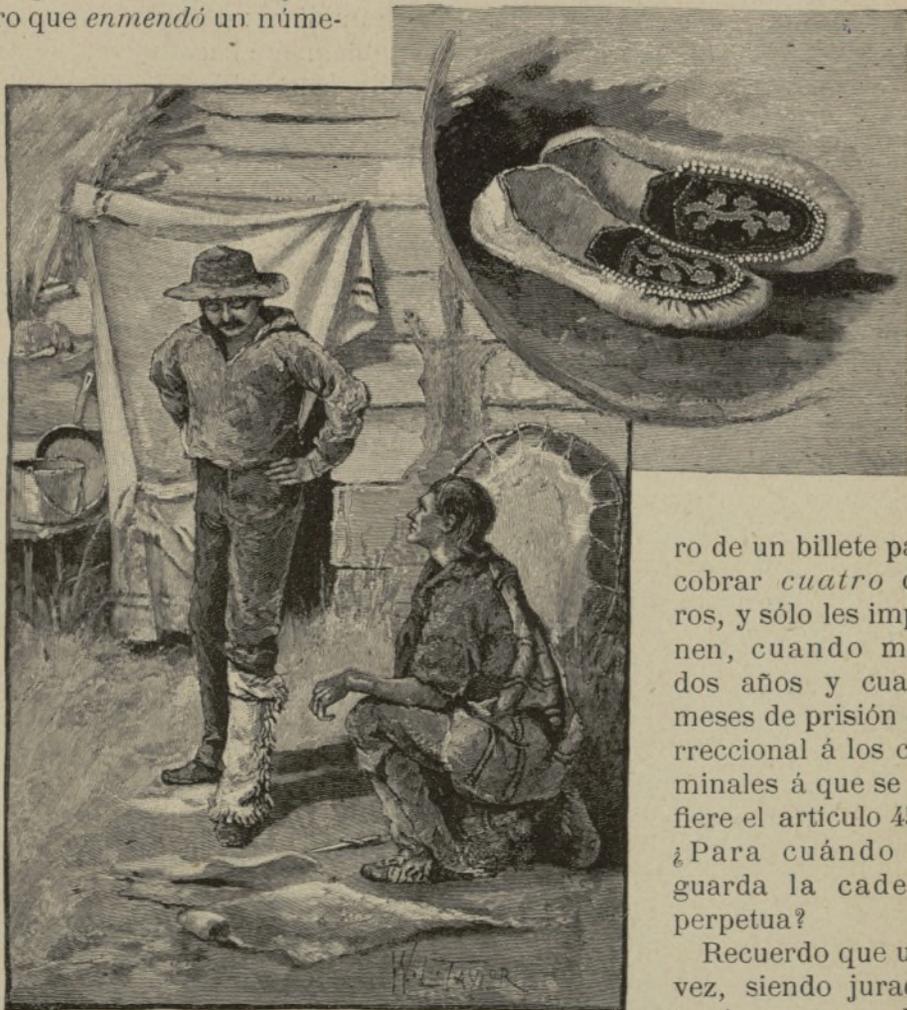
Esto digo y sostengo con ocasión de la manera alarmante con que, según la prensa, se está perpetrando en Barcelona el delito previsto en el art. 459 del Código Penal.

Al ver que para dicho crimen se impone únicamente la pena de dos años y cuatro meses de prisión correccional, no puedo menos de dolerme de la carencia de Inquisición con el acompañamiento de tortura, sambenito y tostón. Por desgracia no podré darme el gustazo de presenciar ninguna chamusquina de esa especie; pero conste que lo siento y lo deploro, como deploro la desaparición de aquellos tiempos en que *se pasaba por la Boria* á las heroínas de Rodrigo Cota y Fernando de Rojas.

Ciertamente que *la libertad política* es una gran cosa, aunque nadie sabe decir con qué se come, y que los *derechos individuales* son unas conquistas que no cedería yo ni aunque por ellos me dieran dos pesetas; pero todo tiene sus límites, y así, cuando menos, preferiría yo un estado menos liberal y unos *derechos individuales* menos sublimados en que le fuese posible á un alcalde de barrio enviar á celebrar sus aquelarres en nuestras islas de los Ladrones á las brujas de las cuales estoy hablando desde la primera línea. No hay manera de lograrlo sin embargo. La cosa mete ruido un día, ó una noche, y al salir el nuevo sol ya nadie

se acuerda. El asunto va á parar al juzgado, aunque pocas veces, y aquí paz y después gloria.

Y me digo yo, haciendo uso de mi derecho, no como ciudadano, sino como ente racional:—¿Por qué he visto yo echarle ocho años de presidio á un pobre diablo de hojalatero que *enmendó* un núme-



El indio bravo

ro de un billete para cobrar *cuatro* duros, y sólo les imponen, cuando más, dos años y cuatro meses de prisión correccional á los criminales á que se refiere el artículo 459? ¿Para cuándo se guarda la cadena perpetua?

Recuerdo que una vez, siendo jurado, tuvimos que dar nuestro *benedicto* en un negocio por el

estilo, aunque no tan grave; y la opinión general de todos mis compañeros era que se le impusiese al acusado *pena de muerte*. Claro está que no era esa nuestra misión, reducida puramente á decir *sí* ó *no*; pero, de todas maneras, bueno es hacer constar en qué forma hubieran redactado el Código aquellos once ciudadanos en materias como las de que hablo.

En suma, comprendo que los inquisidores enviasen tantas miserables mujeres al tostón: no serían ciertamente todas ellas brujas *sinceras*, ó séase visionarias, narcotizadas ó histéricas; sino que de fijo deberían figurar en mayoría las hembras á estilo de la que trató el más insigne hijo de la Puebla de Montalbán.

Nuestro *Código* será muy *científico*, según dicen; pero en esta parte, como en algunas otras, me parece lamentablemente benigno.

Hay plagas sociales que deben combatirse con el hierro y el fuego, de la propia manera que se atacan la flojera y el mildiú con venenos que matan; de la propia manera que se pega fuego á los campos devastados por las plantas parásitas; de la propia manera que se desinfecta con el calor una habitación contaminada por el microbio de la difteria; de la propia manera que se aplasta con el pie al escorpión.

Combatir el crimen á que me refiero es obra de higiene social más que de cuestión de simple castigo de la ley, y está comprendido dentro del principio de *Salus populi*.

Sería de desear, por lo tanto, que, supuesto que no hay que pensar en procesos inquisitoriales por no existir desgraciadamente hoy el Santo Oficio, se persiguiera con mano fuerte el imperdonable crimen á que aludo, se tuviese el mayor cuidado en la aprehensión de los cómplices, y se reformara completamente el art. 459 del Código respecto á la gravedad de la pena señalada en el mismo. En Londres han hecho algo por el estilo con excelente resultado.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





A CAZA DE EMOCIONES

CUENTO parece lo que voy á referiros, pero puedo aseguraros que no lo es. Ocurrió allá por el año 1868, según me contaron á mí.

Fué aquel un verano riguroso como pocos, y, llegado que hubo el período de vacaciones, cuatro jóvenes estudiantes, naturales de un pintoresco pueblecito asentado á la falda del Montseny, abandonaron la capital, donde con más ó menos aprovechamiento seguían sus estudios, y regresaron á sus hogares, ansiosos de pasar el verano entregados á ejercicios de natación y cinegéticos, para los cuales se sentían más inclinados que para los de latines que en el aula practicaban. Ya en el pueblo, sorprendióles la noticia de que andaba merodeando por sus afueras un enorme oso, espanto y terror de aquellos pacíficos habitantes, que veían en constante amenaza sus ganados, sus campos y sus propias vidas.

Cuantas batidas se habían efectuado resultaron infructuosas. Los más diestros tiradores habían intentado dar caza á la fiera, con tan mala suerte siempre, que el oso continuaba medrando por sus respetos, aumentando de esta suerte el pánico del vecindario.

Esto refirieron á los chicos apenas echaron pie á tierra. Los recién llegados mostraron á la par tanto disgusto como curiosidad, condoliéndose de la consternación que afligía á sus paisanos, y en la cual tomaron parte muy principal. Pasada la primera impresión, Perico, el más joven de los escolares, muchacho presuntuoso como el que más, expuso á sus compañeros la idea de salir los cuatro á caza de la fiera.—Es preciso dar una lección á esos infelices,—decía.—Además, ¿qué valor se necesita para derribar á un oso? Teniendo buena puntería, lo mismo da disparar contra un conejo que contra una pantera: la cuestión es acertar; y yo, ya lo sabéis, tengo buen ojo y buen pulso. Ya me encargaré, pues, de hacer el primer disparo. Por añadidura, ¿qué es la vida si la despojamos de algunas emociones fuertes? La ocasión nos sale al paso: es preciso saberla aprovechar.—Tal dijo aquel aturdido estudiante de quinto año de bachillerato; pero como sus compañeros no aspiraban á ganar el dictado de *mataosos*, le dejaron para él la gloria de conquistar por entero el triunfo de la jornada.

Después de dirigirles algunos dictados nada favorables á su valor, Perico se calzó las polainas, armóse de un enorme cuchillo de monte y de una magnífica escopeta, y, seguido de su lebré, encaminóse con resuelto paso hacia donde era fama que acampaba la temida fiera.

No andaba: corría. Hubiérase dicho, al verle atravesar con la velocidad del rayo por entre sembrados y pedregosos sotos, que el valor le prestaba sus alas y la fe su infatigable ardor. Salvando pavorosos abismos, atravesando

bosques, internándose entre grupos de feraces montañas, llegó al fin al paraje donde le habían indicado, no sin experimentar una emoción tan brusca como violenta, y que, á ser menos presuntuoso nuestro héroe, hubiera traducido como síntoma segurísimo de miedo cerval.

Reconoció el terreno: una cascada imponente, cuyas aguas se despeñaban rompiendo en estruendoso fragor, se levantaba á su frente; á la izquier-



El osézno

da extendíase un bosque de silvestre frondosidad, y á su derecha montañas de roca viva cortada á picos parecían cerrarle el paso, ofreciéndole, como á única salida, abismos de espantosa lobreguez. De repente un ruido espantoso distrajo su atención. Fijó sus despavoridos ojos hacia el sitio de donde partía, y, á la boca del bosque, mal oculto entre el espeso follaje, descubrió la colosal silueta de la temida fiera. Súbitamente echó mano á su cuchillo, que sujetó entre sus dientes; levantó la escopeta, apuntó á treinta pasos, hizo el disparo, y dió... ¡en el tronco de inofensiva encina!

Entonces el desdichado cazador vió á la fiera avanzar hacia él en la actitud menos tranquilizadora, abierta la enorme boca y echando unos berridos que le llenaron de terror. Perico, presa del mayor espanto, cerró los ojos, arrojó su fusil y su cuchillo, y, recordando las advertencias aprendidas en sus lecturas favoritas, se echó al suelo boca abajo, aparentando la rigidez de un muerto.

Bien pronto percibió el roce del animal que olfateaba su cuerpo, y con preferencia su rostro, cual si hubiese querido asegurarse de que su presa se hallaba falta de aliento vital.

Esa tortura, esa bárbara agonía, se prolongó más allá de dos *segundos*, que

se antojaron dos siglos al desdichado cazador; llegando su terror á lo sumo cuando sintió que las patas del oso se ceñían á su cuerpo y lo levantaban al aire, burlando de esta suerte su precaución. Un ¡ay! desgarrador partió de la garganta de Perico, dolorosa exclamación que fué acogida con una sonora carcajada por la temida fiera que amenazaba devorarlo.

Perico abrió los ojos, fijándolos despavoridos en el temido animal.



El oseño

—¿Conque querías darme caza?—le preguntó éste con voz cavernosa.—Ya te habrás convencido de que no es lo mismo matar un conejo que matar á una pantera: ¿verdad, Perico?

El asombro de éste rayaba en estupor cuando el oso, despojándose de su cabeza, dejó al descubierto la de uno de sus compañeros que había querido poner á prueba su valor.

La comedia había terminado felizmente, quedando Perico plenamente curado de su afición á las emociones fuertes y de sus inclinaciones á la caza mayor.

ANTONIA OPISSO



EL ESTABLO VACÍO

EN cuanto Juanito abrió los ojos, despertado por el alegre rayo de sol que se colaba, ventana adentro, en la alcoba, se acordó de lo que había oído al pastor por la noche, y, entrándole una grande angustia, se tiró de la cama gruñendo contra la soñera... ¡Él que se había propuesto madrugar mucho, levantarse con el alba, para impedir que el capataz se saliera con la suya!... ¡Qué! ¡Ya no llegaba á tiempo!... Pensaban llevarse las vacas al amanecer. Era una cosa cruelísima sacrificar así á los pobres animales después de haber vivido tantos meses en la granja, y se necesitaba tener un corazón de bronce para mandarlos al matadero.



En la Florida

Lo que no sabía él cómo sus padres consentían semejante atrocidad siendo los amos.

El niño concluyó de vestirse, salió del dormitorio, dió á su madre el beso de los buenos días, preguntó por su padre, que se había marchado con las reses, y en seguida se escapó al corral y se metió en el establo, queriendo convencerse por sí propio de la desgracia.

¡Dios mío! ¡Ya no cabía ni la más mínima esperanza! ¡El establo estaba vacío! Aun conservaba el ambiente, el olor sano y picante del ganado va-

cuno, y todavía alfombraban el empedrado de la cuadra calientes montones de estiércol; pero en la caballeriza no se oían, como otras veces, sordas patadas ni estruendosos mugidos, ni entre las tablas de los pesebres se distinguían aquellas noblotas cabezas, coronadas de cuernos, de otros días felices. Todo se hallaba solitario y sombrío. Aquí, en un rincón, permanecía el caldero de ordeñar; allí, sobre el marco de la ventana, descansaba mudo un cencerro; allá, colgado de un clavo en la pared, pendía un rollo de recias sogas. ¡Qué desolación de morada!

En el acto le asaltó al muchachito un tropel de remembranzas: se acordó de la *Roja*, de la *Pintada*, de la *Jabonera*, á la que regalaba pan de su merienda; de la *Negra*, la que tuvo los dos chotos tan lindos; de la *Nevada*, tan mansita, que siempre se dejaba ordeñar por él; ¡de todas!... Avínole á la memoria que en aquel mismo momento iban, camino adelante por la carretera, en derecha al matadero de la ciudad: pensó, en su inocencia de los diez años, que acaso habiéndose levantado al rayar el día habría obtenido de su padre el indulto de las reses. ¡Vaya! ¡Hubiera llorado, se lo hubiera pedido de rodillas!

Y, hundiéndose poco á poco en sus amargos pensamientos, se le escaparon las lágrimas, se sentó en un poyo del establo, y allí se estuvo largo rato llorando en silencio.

Pasado un rato, se levantó más sereno, enjugóse los párpados enrojecidos, se marchó á la fuente, lavóse en el pilón para borrar las huellas de su pena, y tornó á subirse á las habitaciones de arriba de la granja, donde esperaba hallar á su madre, como la halló, co-siendo.

¿Para qué quería el trapo negro el demonstre del chico? Juanito no tuvo á bien explicarse, ni su madre le instó mucho á fin de obtener una respuesta. La buena mujer no dió importancia á la petición de su hijo. ¡Bah! ¡Vaya V. á saber! ¡Sería para jugar! Le buscó, pues, un pedazo de paño negro que el mocete se guardó en seguida; y luego, mientras su madre salía de la habitación con cualquier motivo, le hurtó, de la caja de costura, una larguísima hebra de hilo negro y una aguja, corriendo después á encerrarse á su alcoba con semejantes enseres, que arrambló como si se tratase de un tesoro.

Aquella tarde la madre de Juanito mandó enganchar la jardinera, ordenó al muchacho que se vistiese, y se dispuso á trasladarse con él á la ciudad para reunirse allí con su marido y hacer varias compras en la feria que había empezado por la mañana.

Juanito, que se vestía solo como un hombrecito, muy robusto que era ya, criado con ese sano descuido del campo, se acomodó por sí propio su ropa de fiesta; y cuando estuvo arreglado y con el sombrero puesto, buscó á su madre y le dijo sencillamente:

—¿Nos vamos, mamá?...

La madre no contestó y se quedó absorta, estupefacta, llena de asombro,



En la Florida

mirando al sombrero hongo, de fieltro blanco, de su hijo, cuya copa hallábase rodeada por ancha tira de paño negro toscamente puesta. Al cabo de un rato, pasada su sorpresa, sin dar crédito á lo que veía, preguntó la pobre señora, con un acento henchido de preguntas y algo burlón y chancero:

—¿Por quién vas de luto, Juan?

Y el niño, poniéndose muy grave, respondió lentamente y con triste entonación:

—¡Por las vacas!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA



UNA TARDE DE NOVILLOS

EN una calle de *** estaban reunidos, un día del mes de marzo, unos diez ó doce muchachos que, según la preocupación de sus semblantes, debían meditar sobre algún asunto muy trascendental.

Uno de ellos, subido sobre una piedra, les arengaba de este modo:

—Señores: el asunto que hoy nos tiene reunidos es de suma importancia. Se trata nada menos que de no ir á clase; y como hay que hacer esto con el secreto suficiente para que no se sospeche la correría que vamos á verificar, es necesario que alguno de Vds. nos diga si tiene alguna importante opinión para emitirla y ponerla inmediatamente en práctica.

El orador bajó de su *pétreo* tribuna, y se puso á fumar y á dar resoplidos, como si hubiese pronunciado algún discurso socrático, mientras los demás quedaban pensativos.

Al fin uno de ellos rompió el silencio de este modo:

—Compañeros: puesto que lo que buscamos es un medio de irnos de huelga, expondré claramente mi opinión. Aquí estamos doce: seis de nosotros irán hoy á clase con el pretexto de que se han constipado los otros seis, los que se irán á jugar; y mañana lo contrario.

—Pero ¡hombre!—exclamó el que había hablado primero.—¿No ves tú que á D. Vicente, el profesor, le va á extrañar que nos hayamos acatarrado con tanta regularidad y en tanto número?

—No seas tonto, Enrique: D. Vicente es un animal, que no ve más allá de sus narices, y ni siquiera se fijará en que faltamos la mitad. Si se fija, los que vayan le dirán que ayer, al ir á paseo los seis juntos, se resfriaron con el aire que hacía. Conque, compañeros: ¿aprobáis mi plan?

—Perfectamente. Pero ahora falta lo más interesante: ¿quiénes van á ir á clase?—dijo uno de los que no habían hablado hasta entonces.

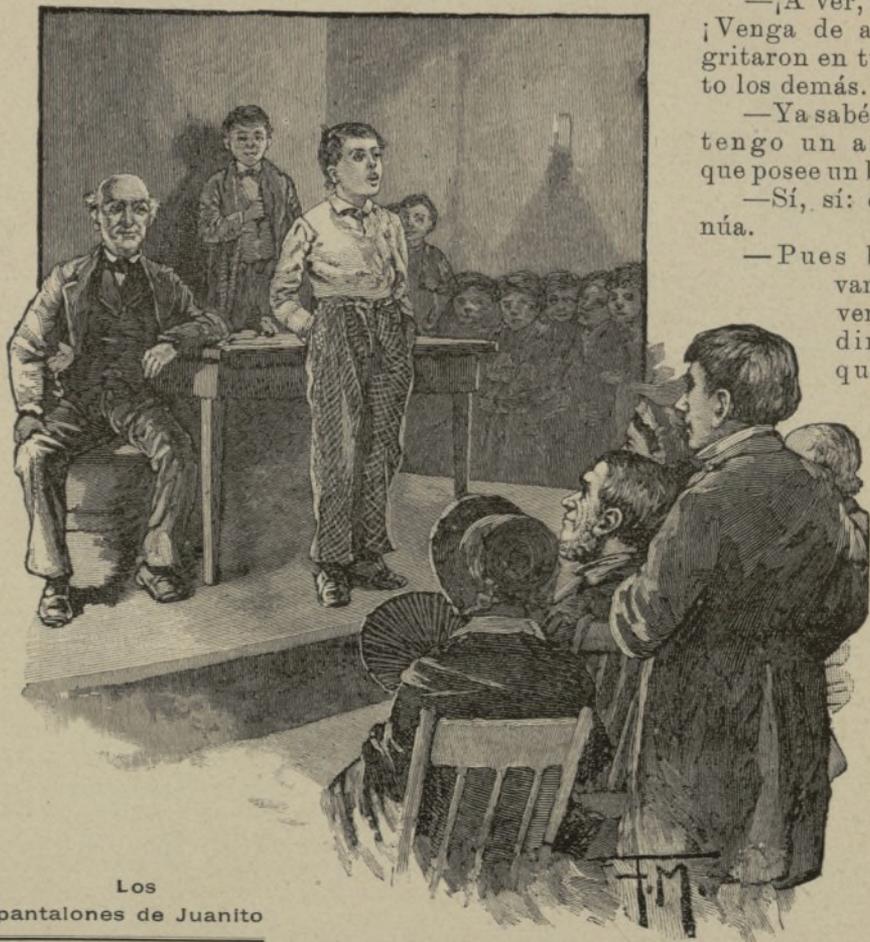
—Eso se determina al momento. Enrique, Roberto, Pepe, Antonio, Vi-

cente y Carlos irán hoy al colegio: los restantes *enfermarán* voluntariamente; y mañana viceversa.

Los seis muchachos designados tomaron el camino del colegio, mientras los otros se alejaron en dirección al río. Seguiremos á éstos.

Después de caminar unos minutos en silencio, uno de ellos exclamó:

—Señores: se me ocurre una idea magnífica que podemos poner en práctica.



Los
pantalones de Juanito

—¡A ver, á ver!
¡Venga de ahí!—
gritaron en tumulto los demás.

—Ya sabéis que tengo un amigo que posee un barco.

—Sí, sí: continúa.

—Pues bien: vamos á verle, le diremos que nos

lo preste mediante una peseta que reuniremos entre todos, yo que sé remar lo dirijo, y damos un paseo delicioso.

—¡Perfectamente! ¡Queda aprobado!—gritaron todos con alegría.

—Al mismo tiempo le pido anzuelos, con palos improvisamos cañas, y ya tenemos completa la pesca.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Eso es!

—Pues ¡ea! á poner en práctica el proyecto sin perder momento.

Y sin hablar más palabra dirigiéronse á casa de Juan, que así se llamaba el amigo del que había hecho la proposición.

Cuando llegaron no estaba en casa Juan; pero como si estuviera, pues sin permiso de nadie se armaron de anzuelos, y, cogiendo el barco, que estaba en la orilla del río, montaron en él. Nuestro chico cogió los remos y lo condujo al centro del río, en donde lo dejó abandonado á la corriente.

—¿Sabéis en qué estoy pensando? Pues en la cara que pondrán Roberto y los otros al dar la lección.

—¡Ja, ja!—dijo uno de los *navegantes* riéndose.

—Pues si llegan á saber en nuestras casas lo que hemos hecho, nos van á limpiar el polvo como á los muebles, pero á zurrazo limpio y á cuerpo batiente,—dijo otro.

—¡Ah! ¡Ay! ¡Señores, un pez! ¡Siento que el anzuelo se ha agarrado á alguna cosa!

—Como no haya sido al mismo barco, todo irá bueno,—dijo uno incli-

nándose para ver.

Pero este movimiento le hizo perder el equilibrio, cayendo al agua en



Los botes de los mosquitos

medio de las risas de sus compañeros.

—¡Sí, sí, reiros, que es para bromas el caso! ¡Vive el demonio!—exclamó el *ndufrago*, lleno de rabia. Y, dando un salto dentro del agua, se agarró al borde del barco, que á este impulso dió la vuelta arrojando al río á los tripulantes.

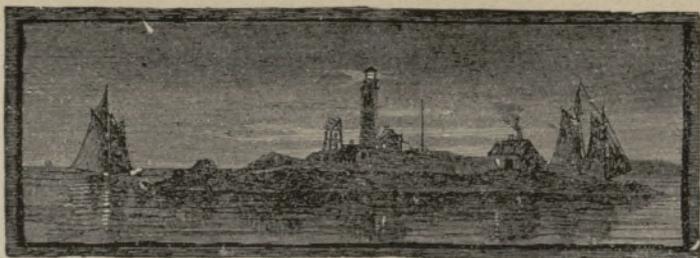
—¡Famosa pesca! ¡Nosotros sí que hemos sido pescados!—exclamó uno cerrando la boca llena de agua.—¡Parecemos renacuajos acabados de salir del huevo!

Afortunadamente para ellos, una barca de pescadores que los vió caer vino en seguida á recogerlos, *pescándolos* más muertos que vivos, llenos de cieno y chorreando agua por todas partes.

Como no tuvieron otro remedio que ir á su casa á mudarse, se conoció la travesura, recibiendo la *reglamentaria* paliza, y, por si esto era poco, la reprimenda del maestro, que castigó á los doce: á seis por haber efectuado la expedición, y á los otros seis por *haberla ocultado*.

J. M. Y DEL RIBERO





✱ NUESTROS GRABADOS ✱

MÁS VALE ALGO QUE NADA

El tío Clemente era carpintero y tenía su establecimiento en el campo. Cierta día fueron á visitarle sus dos sobrinos, y les dijo:

—Muchachos: yo necesito alguno que riegue el jardín todas las tardes. ¿Quién de vosotros quiere hacerlo? Le daré cinco céntimos cada día.

—Eso es muy poco,—contestó Ricardo.—¿Quién se molesta por cinco céntimos?

—Pues yo lo haré,—contestó su hermano Juan.—Más vale algo que nada.

Y desde aquel día el muchacho recibió diariamente cinco céntimos, los cuales guardaba en una cajita de ahorros, de modo que al cabo de tres meses tuvo un buen puñado de monedas.

Un día el tío Clemente fué con sus sobrinos á la feria, y Juan pudo comprar dos ó tres juguetes con el dinero ganado, mientras que Ricardito debió contentarse con mirar; pero esto le enseñó á ser más previsor en lo futuro.

EL INDIO BRAVO

En la Florida encuéntranse unos indios casi salvajes que habitan en toscas cabañas, y los cuales se dedican á la caza y á curtir pieles, bastándoles esta industria para su sustento.

Cierta día entré en la vivienda de uno de esos indígenas para descansar un poco. Era conocido entre los suyos con el nombre de *León*, á causa de su reconocida intrepidez y por haber matado durante sus cacerías varios tigres y una pantera. Encontréle ahumando una piel de ciervo; y como le dijese que deseaba comprarle algo en recuerdo de mi visita, tomé la medida del pie y de la pierna, y me confeccionó unas polainas y unos singulares zapatos por una cantidad insignificante.

Aquel calzado, aunque tosco, era lo más cómodo y ligero que se puede imaginar, y lo más propio para recorrer los campos y bosques de aquella región.

EL OSEZNO

A casa llevaron una vez un oso pequeñito que sólo contaba seis semanas y que mi padre cogió durante una cacería. El pobre animal necesitaba aún estar junto á su madre, y sin duda por eso oíasele gritar apenas le dejaban solo. Por la noche envolvíasele en una manta y se ponía á su lado un tazón de leche para cenar. Era de ver cómo el oseznó lo cogía con sus patas para apurar el contenido; y, hecho esto, tumbábase á dormir, muy satisfecho al parecer de aquel trato. Cuando dormía producía un rumor semejante al zumbido de centenares de abejas, y al rayar el día veíasele ya en pie, andando de un lado á otro.

Sabía abrir y cerrar la puerta como una persona, y sin gran dificultad se le enseñó á andar con los pies posteriores, apoyándose en un palo. Durante la estación calurosa se

acostumbró á bañarse en una artesa llena de agua, y, cuando lo hacía, nadie osaba acercarse por temor de quedar mojado hasta los huesos.

EN LA FLORIDA

Francisca y Matilde pasan su niñez en la Florida, donde se juzgan verdaderamente felices. En aquel país no se conoce la nieve ni las heladas, ó por lo menos son rarísimas, y se disfruta de un clima delicioso. Nuestras niñas no piensan allí en juguetes, porque tienen varios animales domésticos que constituyen su mayor distracción. Cuéntanse entre ellos una jaquita, un pavo, un ánade, varias gallinas y un perrito, así como también una vaca que da muy buena leche. Además de esto pueden recorrer el bosque, donde abundan las más hermosas flores y no faltan árboles frutales. De nada de esto disfrutaban las niñas que viven en la ciudad.

LOS PANTALONES DE JUANITO

A los seis años de edad Juanito comenzó ya á ir á la escuela; y cuando se acercaba el día de los primeros exámenes, como el maestro había ordenado que cada cual aprendiese alguna composición de memoria para recitarla, su madre le buscó unos versos muy cortos para que cumpliera su cometido. La familia del chico era muy pobre; y como los pantalones de Juanito estaban ya muy rotos y no se podía gastar en comprar unos nuevos, su madre ideó hacérselos con un delantal.

Llegado el día de los exámenes y cuando le tocó al chico subir al tablado, en vez de recitar los versos que aprendiera y de los cuales no se acordaba ya, comenzó á decir: —Yo llevo unos pantalones nuevos que mi madre me ha hecho con un delantal nuevo que le regaló, y...

Estas palabras excitaron la risa de los compañeros de Juanito; mas por fortuna el maestro no le dejó continuar, y ordenóle que volviera á su sitio, con gran sentimiento de los demás muchachos, que no pudieron conocer el fin de la historia.

LOS BOTES DE LOS MOSQUITOS

¿Habéis oído hablar de los maravillosos botes que los mosquitos construyen? Voy á deciros cómo los hacen: Las hembras depositan en el agua sus huevos, y éstos flotan hasta que llega la hora de la incubación. Durante el verano se pueden ver en los estanques. Son tan pesados que uno solo se sumergiría, y por eso la previsora madre los enlaza entre sí hasta que forman una especie de esquiñe hueco, el cual no se hunde aunque se llene de agua. La extremidad superior de estos huecos es puntiaguda. Estas agrupaciones de huevos contienen lo menos de trescientos á cuatrocientos. Sumamente diminutos, como podéis figuraros, son primero blancos, después verdes, y por último de un color gris oscuro. Nadan como peces, é incúbanse en dos días, convirtiéndose entonces en crisálida, la cual rompe su envoltura al cabo de ocho días, apareciendo el mosquito alado. Tan considerable es el número de los insectos de esta especie producidos en un solo verano, que, si no fuera por las otras familias y por las aves, nos devorarían vivos.

EL RATON ALADO

Enriquito no tiene más que cuatro años; mas, á pesar de su corta edad, es ya muy aficionado á toda especie de animales. Siempre está dispuesto á compartir su alimento con cualquier perro ó gato extraviado, y se da por feliz cuando puede coger algún pájaro ó ratón, ó aunque sea una rana.

Cierta día volvió corriendo á su casa y fué en busca de su padre.

—Papá,—le dijo,—acabo de ver el ratón más extraño que puedes figurarte: tiene alas como un pájaro.

—Pues si tiene alas, sin duda lo será,—contestó el padre.—Si lo has cogido, vamos á verlo.

—Le he encontrado muerto, y ahora le tengo en una caja.

Acompañé al niño, y pude ver que no le faltaba del todo razón. El animal extraño, semejante á un ratoncito, tenía unas alas muy grandes, del todo extendidas.

—¡Pobre ratoncito!—exclamó Enrique arrodillándose junto á la caja.—¡Hasta le han cortado la cola! Creo que el gato lo habrá hecho.

—No,—contesté;—no ha tenido cola nunca, porque eso no es un ratón como tú supones, sino un murciélago. Ya que no habías visto nunca ninguno, examina bien este ahora, y en lo sucesivo sabrás distinguir.

El niño quedó muy satisfecho de aquella lección, y sólo deseaba ya coger un murciélago vivo.

MUFLÚ

(Continuación)

Lolo hacía resonar su muleta sobre el pavimento dos veces más fuertemente que de ordinario: tan feliz era y tanta prisa tenía por llegar. *Muflú* trotaba á su lado; y los cabos de la cinta azul que Bice le había atado en lo alto de la cabeza para retener sus rizados, flotaban alegremente al viento. Pero ¡ay que ni aun los cinco francos de Lolo podían consolar á la familia! Todos gemían y lloraban sumidos en amarguísimo dolor que nada podía mitigar.

Tasso había sido sorteado aquella mañana y había sacado el número siete: estaba condenado á marchar y á servir durante tres años.

El pobre muchacho se hallaba de pie en medio de sus hermanos y de sus hermanas; su madre se apoyaba sobre su hombro; él lloraba. Iba á partir y perdía su colocación en los jardines públicos y dejaba á todos los suyos expuestos á morirse de hambre. Y ¿para qué? Para irse con el capote de soldado á formar, en medio de maldiciones y blasfemias, en medio de caras desconocidas, sin amigos, sin hogar, absolutamente miserable. ¿Y la madre? ¿Qué sería de la madre?

Tasso era el mejor muchacho del mundo: tenía la mansedumbre de un cordero. Para él la dicha perfecta consistía en barrer las hojas secas en las grandes alamedas de las Cascine, en podar las verdes pelusas á la sombra de las avenidas de carrascas, y á encontrar en su casa, á la hora de cenar, los alegres rostros de los hermanitos y hermanitas, y la buena y santa de su madre, á quien tanto quería. Estaba contento, no pedía más, no había sino dejarle tranquilo; pero no se le quería dejarle. Iban á arrancarlo de los suyos, á cargarle un pesado fusil sobre los hombros, una pesada mochila sobre la espalda, hacerle hacer el ejercicio, blasfemar á su lado; todo esto para llegar á trasformarle en un blanco viviente.

Nadie le hizo caso á Lolo ni á sus cinco francos. En cuanto á *Muflú*, comprendiendo que había caído sobre su amigo algún gran disgusto, se sentó en el suelo y comenzó á aullar.

Tasso estaba condenado á partir: hé ahí todo lo que comprendían las pobres gentes. Durante tres años no le verían más, estarían privados del so-



El ratón alado

corro de su brazo vigoroso y del encanto de su buena sonrisa. ¡Tasso partía! Esa sola palabra lo decía todo. Cuando Lolo hubo comprendido bien lo que pasaba, se sentó en el suelo, estrechó á *Muflú* contra su corazón, y lloró tanto y tanto que se hubiera dicho no había de acabar de llorar nunca.

Nadie podía hacerle nada: era una de aquellas desgracias que os caen sobre la cabeza como una teja. La teja cae de arriba, y la pobre cabeza que la recibe no tiene más que inclinarse bajo el golpe que no ha visto venir. Hé ahí todo.

—¿De qué puede servirnos eso?— exclamó con vehemencia la madre cuando Lolo le enseñó sus cinco francos. No le compraremos con eso un sustituto á Tasso.

A Lolo le pareció que su madre era injusta y cruel en aquel momento, y fué á deslizarse en su cama en compañía de *Muflú*. *Muflú* dormía siempre sobre los pies de Lolo.

Al día siguiente por la mañana, Lolo estuvo en pie antes del amanecer: *Muflú* y él acompañaron á Tasso cuando se fué á su trabajo en las Cascine.

Lolo idolatraba en su hermano, y no quería perder uno solo de los instantes que podía pasar aún con él.

—¿No hay manera, pues, de que no tengas que irte?— le preguntó á su hermano con acento de desesperación. Caminaban en aquel momento bajo el tupido follaje de las avenidas, y el sol levante trasformaba el Arno en un río de oro.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA



El ratón alado